

Colección Ariel

N.º 21

PRECIOS :

El número suelto 10 cénts.
La serie de cinco números... 50 »
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	<u>Pág.</u>
GUSTAVO A. BECQUER.— <i>Los ojos verdes</i>	1 ✓
C. A. LAISANT.— <i>Diversos rompe cabezas; batu- rrillo matemático</i>	10 ✓
SAMUEL A. LILLO.— <i>El triunfo de la selva</i>	13 ✓
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>Critica y Bi- bliografía</i>	17 ✓
DR. BINET-SANGLE.— <i>A propósito de la respo- nsabilidad penal</i>	25 ✓
HERBERT SPENCER.— <i>Contra una gran pre- tensión</i>	26 ✓
LA BRUYERE.— <i>La guerra</i>	27 ✓
JOHN STUART MILL.— <i>Confianza en la propia razón</i>	27 ✓
ARTURO SCHOPENHAUER.— <i>Ciencia viva y Sabiduría muerta</i>	28 ✓

Junio de 1908

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

ro por San Saturio, patrón de Soria! (1) cortadle el paso por esas carrascas, (2) azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundidle á los corceles una cuarta de hierro en los ijares: no véis que se dirige hacia la fuente de los Alamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo (3) repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más á propósito para cortarle el paso á la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó á las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha (4) que conducía á la fuente.

—Alto!... Alto todo el mundo! gritó Iñigo entonces; estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista á la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía á la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—Qué haces? exclamó dirigiéndose á su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos. Qué haces, imbécil? Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya á morir en el fondo del bosque! Crees acaso que he venido á matar ciervos para festines de lobos?

(1) Provincia española en Castilla la Vieja.

(2) Encinas.

(3) Montaña de Zaragoza que limita con Soria.

(4) Camino angosto.

—Señor, murmuró Iñigo entre dientes, es imposible pasar de este punto.

—Imposible! y por qué?

—Porque esa trocha, prosiguió el montero, conduce á la fuente de los Alamos; la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente, paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis escursiones de cazador... Lo ves?... lo ves?... Aún se distingue á intervalos desde aquí... las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame... déjame... suelta esa brida, ó te revuelco en el polvo... Quién sabe si no le daré lugar para que llegue á la fuente? y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitadores. Sus! *Relámpago!* sus, caballo mío! si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta (1) de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto; me he esposto á morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías, Hasta aquí llega el montero con su ballesta; (2) de aquí adelante, que pruebe á pasar el capellán con su hisopo.

(1) Media caña semicircular y con dientecillos que se pone sobre la nariz de los caballos.

(2) Arma para disparar venablos ó dardes.

II

—Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío; qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegásteis á la fuente de los Alamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no váis á los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Sólo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la balleta para enderezaros á la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose á su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Iñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moñcayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo á las fieras, y en tus errantes escursiones de cazador subiste más de una vez á su cumbre, díme: has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—Una mujer! exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí, dijo el joven; es una cosa estraña lo que me sucede, muy estraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma á mi semblante. Voy, pues, á revelártelo... Tú me ayudarás á desvanecer el misterio que envuelve á esa criatura, que al parecer sólo para mí existe, pues nadie la co-

noce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba ni un punto los espantados ojos. Este, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que á pesar de tus funestas predicciones llegué á la fuente de los Alamos, y atravesando sus aguas recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalándose gota á gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de instrumentos, se reúnen entre los céspedes, y susurrando, susurrando como un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen á su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco, á cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa (1) profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veías tomar

(1) Laguna.

la ballesta y dirigirme al monte, no fue nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba á sentarme al borde de la fuente, á buscar en sus ondas... no sé qué, una locura! El día en que salté sobre ella con mi *Relámpago*, creí haber visto brillar en su fondo una cosa estraña... muy estraña... los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálices parecen esmeraldas... no sé: yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fuí un día y otro á aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño... pero no, es verdad, la he hablado ya muchas veces, como te hablo á tí ahora... una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto... sí; porque los ojos de aquella mujer eran los ojos que yo tenía clavados en mi mente; unos ojos de color imposible; unos ojos...

—Verdes! exclamó Iñigo con un acento de profundo terror, é incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró á su vez como asombrado de que concluyese lo que iba á decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

—La conoces?

—Oh, no! dijo el montero. Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, (1) demonio ó mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más améis en la tierra, á no

(1) Duende.

volver á la fuente de los Alamos. Un día ú otro os alcanzará su venganza, y espiaréis, muriendo, el delito de haber encenagado sus ondas.

—Por lo que más amo!... murmuró el joven con una triste sonrisa.

—Sí, prosiguió el anciano; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

—Sabes tú lo que más amo en este mundo?

Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dió la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Iñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío: Cúmplase la voluntad del cielo!

III

—Quién eres tú? Cuál es tu patria? En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae á estos lugares, ni á los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble ó villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban á grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco á poco de la superficie del lago, comenzaba á envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima á desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba temblando el primogénito de Almenar, de rodillas á los pies de su

misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida, como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras, pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—No me respondes! exclamó Fernando al ver burlada su esperanza; querrás que dé crédito á lo que de tí me han dicho? Oh! No... Háblame: yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en los de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebató de amor:

—Si lo fueses... te amaría... te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando, dijo la hermosa entonces con una voz semejante á una música: yo te amo más aún que tú me amas; yo, que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de tí, que eres superior á los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorporea como ellas, fugaz y trasparente; hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como á un mortal superior á las supersticiones del vulgo, como á un amante capaz de comprender mi cariño estraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en

la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven, la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino... las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles, el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven... ven...

La noche comenzaba á estender sus sombras, la luna rielaba en la superficie del lago, la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven... ven... estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso... un beso...

Fernando dió un paso hacia ella... otro... y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban á su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve... y vaciló... y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz, y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta espirar en las orillas.

Gustavo Adolfo Becquer ()*

(*) Español. Nació en Sevilla en 1836. Con una madrina pasó hasta los 17 años. Después vivió en Madrid en donde halló un oscuro puesto de gobierno. Entonces también hizo traducciones para periódicos. Dibujante y poeta de un temperamento dulce. Becquer murió el año 1870, á los 34 años, después de haber vivido en este mundo una vida penosa y uniforme. Sus obras, en tres volúmenes, comprenden *Rimas, Leyendas y Cartas*. *Los Ojos verdes* es una de sus leyendas más celebradas.

✓ Diversos rompe cabezas; baturrillo matemático

Sobre un trazo $A B C$ (fig. 1), construyamos un cuadrado $A C I G$; después, haciendo $C F = B C$, tracemos la línea $F E D$ paralela á $A C$ y también $B E H$ paralela á $C I$. El cuadrado grande queda entonces dividido en 4 partes por las líneas $B H$ y $F D$; con dos tijeretazos puede hacerse la separación. Estas 4 porciones son:

- 1ª $B C F E$, cuadrado que tiene por lado $B C$.
- 2ª $E H G D$ » » » » » $D E$,
que es igual á $A B$.
- 3ª $E F I H$, rectángulo que tiene sus lados
iguales á $A B$, $B C$.
- 4ª $A B E D$, rectángulo semejante al anterior.

De este modo podemos verificar el siguiente teorema de Geometría:

El cuadrado construido sobre la suma de dos líneas, es equivalente al cuadrado construido sobre la primera, más el cuadro construido sobre la segunda, más dos veces el rectángulo construido sobre estas dos líneas como lados.

Si hemos hecho la figura sobre papel cuadrícula, evaluando las superficies de todas estas figuras, es decir contando los cuadrillos, tenemos esta proposición de aritmética:

El cuadrado de la suma de dos números es igual á la suma de los cuadrados de estos dos números más dos veces su producto.

Si señalamos $A B$ por a , $B C$ por b , tenemos por fin esta fórmula de álgebra:

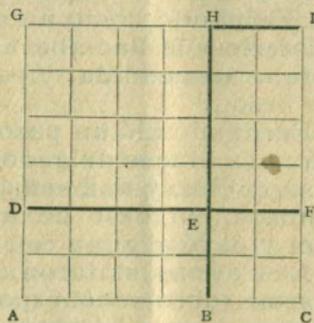


Fig. 1

$$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2 \quad (*)$$

He aquí tres verdades con las cuales se atiborará tres veces la memoria de los niños no informados, cuando todas ellas no hacen más que una sola, como se ve. Las apariencias, los trajes son distintos, pero la persona es la misma. El que de antemano sabe, economizará tiempo perdido, esfuerzos inútiles, y además sabrá que las clasificaciones de la ciencia son necesarias, pero amenudo artificiales por la fuerza de las cosas; y que es preciso habituarse en buena hora á reconocer las analogías que se halle.

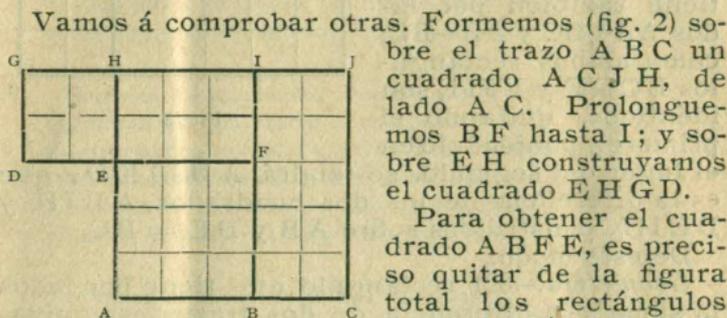


Fig. 2

Para obtener el cuadrado ABFE, es preciso quitar de la figura total los rectángulos BCJI, y FIGD; la figura total se compone de la reunión de dos cuadrados cuyos lados son iguales á AC y á BC; los dos rectángulos son parecidos y sus lados son iguales á JC y BC; en fin AC es la diferencia de AC y BC.

Por consiguiente:

Geometría.—El cuadrado construido sobre la diferencia de los trazos equivale á la suma de los cuadrados construidos sobre dichos dos trazos, menos dos veces el rectángulo construido sobre los dos trazos como lados.

Aritmética.—El cuadrado de la diferencia de dos números es igual á la suma de los cuadrados

(*) Partiendo de la demostración gráfica de estos principios, indicaremos otro día algunos procedimientos muy sencillos para enseñar la raíz cuadrada.

de dichos números, menos dos veces su producto.

Algebra.—Se demuestra la fórmula

$$(a - b)^2 = a^2 - 2ab + b^2$$

Un ejemplo más que nos muestra la fig. 3.

ABJH es un cuadrado; ACGD un rectángulo; FG, FJ, DE son iguales á BC; DEIH es un cuadrado.

El rectángulo ACGD tiene también por lados $AB+BC$ y $AB-BC$; como ambos rectángulos BCGF y FJIE son idénticos, quitando el primero y poniéndolo en

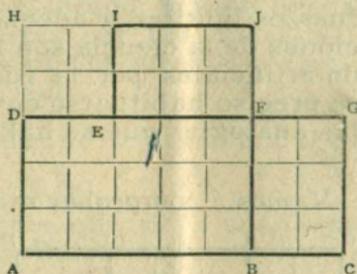


Fig. 3

el lugar del segundo, se tendrá ABJIED, que es la diferencia de los dos cuadrados ABJH y DEIH, construidos sobre AB y $DE = BC$.

De este modo:

Geometría.—El rectángulo que tiene por lados la suma y la diferencia de dos trazos es equivalente á la diferencia de los cuadrados que tienen por lados dichos dos trazos.

Aritmética.—El producto de la suma de dos números por su diferencia es igual á la diferencia de sus cuadrados.

Algebra.—Se demuestra la fórmula

$$(a + b)(a - b) = a^2 - b^2$$

Y para verificar todas estas proposiciones, que se relacionan con varias ciencias, basta cortar con cuidado algunos trozos de cartón, después de haber dibujado cuidadosamente algunas figuras.

Varias veces á estos entretenimientos con tijeras y cartón se les ha llamado rompecabezas. Esto es muy injusto; pues empleados como lo acabamos de indicar, evitan por el contrario mu-

chos rompimientos de cabeza futuros é instruyen por los ojos.

C. A. Laisant. (*)

(De la *Initiation Mathématique*, págs. 68 á 71. Librería Hachette y Cie., editores. París, 1907).

✓ El triunfo de la selva

Hija de una cautiva y un indio de la tierra, pequeña la trajeron las monjas, de la sierra, cuando murió su madre, tan tímida y huraña como un tierno venado cogido en la montaña.

Semejante á una planta silvestre que el cultivo hermosea y refina, creció su cuerpo altivo; y entraron con sus risas y con su alegre acento soles primaverales en el viejo convento. Amáronla las monjas y por su alma sencilla y buena, la quisieron las gentes de la villa.

A veces, al principio su vida primitiva pasaba por su mente cual visión fugitiva: veíase vagando sola por el bosque, huyendo de los golpes del cacique salvaje, y viendo por las noches las verdosas pupilas de los gatos monteses al través de las quilas. (1)

Después, cuando vinieron los apacibles días, olvidó para siempre sus visiones sombrías como el río que olvida, corriendo en la llanura, las rocas que rompieron sus linfas en la altura.

(*) En el nº 15 de ARIEL pueden hallarse algunas opiniones pedagógicas de este sincero y competente amigo de la infancia. El Dr. Laisant ha empezado á publicar una serie de *Iniciaciones Científicas*, de un valor inestimable para los maestros estudiosos. La primera de dicha serie es la *Matemática*; la segunda, publicada muy recientemente, es la *Astronómica*, escrita por C. Flammarion. De esta última también traduciremos algunas páginas.

(1) Especie de caña brava.

Una tarde, al convento llegó una comitiva de unos cuantos jinetes, á cuyo frente iba su padre, que intentaba llevársela consigo por haberla vendido á otro moluche (1) amigo, antiguo compañero de asaltos y malones. (2) Traía por escolta sus recios mocetones y en pro de sus derechos, también un ministril, modelo de su casta, sobre un flaco rocín.

Cuando supo la niña confusa y sorprendida que iba á dejar su asilo que le alegró la vida, para volver de nuevo al tumultuoso oleaje que su infancia azotara, junto á un indio salvaje, sublevóse su alma poética y serena en un grande estallido de repugnancia y pena, y abrazábase al cuello de las monjas, en tanto que llenaba el convento su interminable llanto.

A pesar de sus ruegos, sobre su delantera el cacique sentóla, y por la ancha carretera, á esas horas desierta, la triste caravana se internó silenciosa por la selva araucana.

Pasada la corriente de un caudaloso río, en plena tierra libre, dentro de un bosque umbrío, se desmontó la gente. Trajo de la espesura una india ya caduca la estraña vestidura de las hijas de Arauco, y á una orden del viejo, la despojó la india de su albo zagalejo y de las otras prendas, y cuando sin ninguna cubierta la dejaron al rayo de la luna que cruzaba el ramaje, con su cuerpo moreno parecía una ninfa dueña de un bosque heleno.

Cubrieron de sus miembros la graciosa esbeltez con un chamal oscuro que llegaba á los pies; dejáronle desnudos los hombros y los brazos; debajo de la barba, con broches y con lazos

(1) Indio araucano.

(2) Revueltas de los indígenas.

le prendieron un manto que á su espalda caía,
y en torno de su frente pensativa y sombría,
pusieronle una cinta de color escarlata
sembrada de monedas de reluciente plata.

Luego, desvanecida su postrera esperanza,
á caballo la echaron á la indígena usanza,
y al contemplar que el río llevábase su traje
hacia el mar, como el cuerpo de un cisne entre el oleaje,
sintió que otra corriente llevábala así mismo
en sus revueltas ondas al fondo de otro abismo.

Cuando tras de la orgía de báquica algazara
con que su casamiento la tribu celebrara,
cansada entró en la oscura cabaña del cacique,
creyó estar en la honda tranquilidad de un pique (1)
á cuyo fondo apenas, como sones lejanos,
alcanzaban los cantos de sus nuevos hermanos.
Y cuando sintió al indio que se acercaba beodo,
hasta su última fibra tembló su cuerpo todo,
tal como una vizcacha tiembla en su madriguera
al sentir las pisadas del hombre ó de la fiera.
Y allí frente á la vida, sin tener la miel pura
del amor que endulzase la brutal amargura,
y sobre un miserable montón de sucias pieles,
tuvo su alma de niña desengaños crüeles.

II

En tanto que los indios se echaban perezosos
en frente de sus rucas, (2) los grupos silenciosos
de las tristes mujeres entre las altas yerbas
trabajaban la tierra, como un tropel de siervas.
Algunas descendían del río la pendiente
y llenaban su cántaro en la clara corriente,
y otras acarreaban de los bosques cercanos
la leña ó recogían los yuyos de los llanos.

(1) La excavación de la mina.

(2) Chozas.

Con el alma agobiada por su fardo de penas,
también ella su parte recibió en las faenas.
En los primeros tiempos fué, con sus pies sangrientos,
cruzando los caminos con la lluvia y los vientos,
ó trabajando bajo los soles estivales
regaba con su llanto los resecos terrales.

Cuando sus infelices hermanas de cadenas
concluían sus labores é iban serenas,
ella, mientras la tarde, como un soplo, estendía
por sobre los rastrojos su honda melancolía,
echada sobre el suelo, contemplaba el lucero
que alumbró en el convento su albo ensueño primero.

Otras veces al río bajaba con la aurora
á soñar al arrullo de la linfa sonora,
y pensaba que irían en la misma mañana
á cantar esas hondas al pie de su ventana.

Así como las selvas invaden los bohíos
dejados por sus dueños, con redoblados bríos,
y, ahogando con sus lianas el brote y el renuevo,
convierten los sembrados en páramos de nuevo,
así la pobre niña comprendió con tristeza
que al huerto de su alma ya entraba la maleza,
que cada día lejos del convento perdido
matábanle un recuerdo las lianas del olvido.

Cuando sintió en el pecho su última fibra rota,
ya palpité tranquilo su corazón de ilota.
Y miró desde entonces á cada compañera
que al rústico serrallo su dueño introdujera,
con la misma inconciencia con que mira en la vega
el rebaño encerrado á otra hembra que llega.

Ya no sentía su alma ni goces ni dolores,
así como su cuerpo ni fríos ni calores;
su espíritu pasaba por lo agrio de la vida,
como sobre las piedras su planta endurecida.

El alma de la selva de lleno entróse en ella;
y rústica y huraña, la diamantina estrella

en las estivas tardes ya no contempla ahora,
ni á la orilla del río va á soñar á la aurora,
ni la espantan los campos con su ruda faena,
y sus ojos hoy tienen la mirada serena
de las bestias de carga que van por los caminos
resignadas y humildes con sus rudos destinos.

Samuel A. Lillo (*)

(Del libro reciente *Canciones de Arauco*.)

Una cosa sobre todo hace sugestivo el pensamiento humano: es la inquietud. Un espíritu que no está ansioso, me irrita ó me enoja.—*Anatolio France*.

CRÍTICA Y BIBLIOGRAFÍA

✓ **La Cópula** de Salvador Rueda. Librería de Pueyo. Madrid, 1907.

I

He puesto sobre la frente, en el corazón y sobre las manos de mi pensamiento la pureza del blanco esplendor de la estrella de los pastores para que no conciba un propósito, ni sienta una emoción, ni escriba una palabra que no sean dignos de la obra misteriosa del amor á que se hallan consagradas las páginas de ese libro excelso.

Se destaca, en realidad, este libro, por la excelcitud de su belleza de paisaje, caído, como un prodigio de color y de savia engendradora de selváticos aromas, en un rincón de la montaña para enguirnaldar un acre, primitivo idilio de amor.

Así como un viejo tronco de árbol, tendido en la húmeda y calurosa selva, togado de musgos y de hongos, pululante de insectos, es un mundo microcósmico, ebrio de vida y de fuerza; así este libro, vibrante de pasión serena, armónico, al igual de un cordaje de arpa, pulsado por las manos intangibles del viento, entre las ramas de los

(*) Es un bondadoso y delicado poeta de Chile.

monásticos álamos, guarda un fragmento de la naturaleza, tan repleto de bálsamos, tan surcado de corrientes de agua sonora y limpia, tan poblado de ritmos y de formas y de imágenes, como la naturaleza misma.

En el corazón palpitante de este libro, con las manos en actitud de evocación, se alza hierático un conjuro que llama con milagrosa voz las sombras placenteras de los poetas del pasado que cantaron la desnudez de rosas del amor. Me he sentido arrastrado á un bosque antiguo de hayas, con almas de driadas, endonde estas alegres deidades coronaban de adormideras y rosas silvestres una selecta corte de poetas, desde el autor de los *Himnos homéricos* y el autor del *Kama Sutra* hasta Margarita de Valois, la gentil reina de Navarra, atados á los troncos de las hayas, desde donde miraban la sensualísima castidad del Amor en la Naturaleza, para su castigo ó su tormento, su deleite ó su doctrina. Y en medio de su charla, de tronco á tronco, hubo dos compases de silencio: llegaba el autor del *Himno de la Carne* y de la *Cópula*, don Salvador Rueda, en medio de Pan y de Priapo, que fueron á situarle en la vecindad de Teócrito, el autor de *Oaristis*, de Longo, autor de *Dafnis* y *Cloe*, de Ovidio, el autor del *Arte de Amar* y del hebreo Salomón, autor del *Cántico de los Cánticos*.

Fué el primero en hablar Salomón:—«Treinta siglos ha que os lo dije: *Hay alguna cosa nueva bajo el sol?* Y Rueda, que viene llegando, repite mis palabras: *Su izquierda sostenga mi cabeza y su derecha me abrace*. Nada habéis progresado en los tres mil años.» Ovidio, el de larga nariz de fauno, replicó algo terrible y sólo se oyeron las sonoras carcajadas de María de Francia y los aplausos del socarrón Bocaccio, que guiñaba los ojos á don Francisco de Quevedo.

Y aun vinieran á mi, en la cabellera del aura, frases sueltas de los layes de María, versos del malicioso Lafontaine, si la voz armoniosa de una fuente no hubiese gemido de amor, al sentarse la noche en sus orillas.

Dejé á Rueda junto á Teócrito y Longo, Ovidio y Salomón, que son entre los poetas de la desnudez liliál—pero de empurpurados lirios—con quienes más parentesco artístico tiene el autor de *La Cópula*.

Afirmo esto, no porque aquellos y este describiesen escenas semejantes, sino porque todos ellos poseen en común dos fuertes y característicos rasgos: su amorosa pasión por la Naturaleza y su delectación morosa ante las imágenes vivientes y opulentas del estilo.

Hundir las manos en el vientre de la Naturaleza para extraer gérmenes de vida con qué fraguar una imagen, echarla á andar por el mundo y contemplar sus movimientos rítmicos de mujer desnuda que camina por la playa, es un deleite de creador, es la pasión sagrada del artista. Son estas imágenes imperecederas, las que como las vírgenes canéforas, llevan sobre su gentil cabeza, las cestas de flores de inmortal perfume con que siempre se embalsamará el corazón y el alma de las eternas obras maestras. No me parecen estas ser como las aureas urnas cinerarias que guardan el recuerdo de ternuras ancestrales, sino como tiendas de seda, á cuya sombra, las imágenes, que son encantadores seres vivos, danzan al son de sideral armonía, sin despertar al Tiempo que para ellas se ha dormido.

Las grandes obras no subsisten tan sólo por la trascendencia del pensamiento, sino también y con mayor seguridad, por la belleza de su expresión. Suponer que una obra vivirá por su valor educativo, por su interés de oportunidad ó por los generosos propósitos que la inspiraron es no haberse detenido á admirar la trama con que se ha tejido la inmortalidad de una siquiera de las antiguas obras maestras. Y no se trasparenta que la Humanidad mude tan pronto de criterio. Parece, por el contrario, que se anuncia un regreso á la visión directa de la vida en la Naturaleza. Plantar el soberano rostro de una idea sobre los hombros de la fuerza y ponerle en el pecho el corazón de un sentimiento tranquilo y poderoso, ha sido siempre el acto de creación del poeta.

Y esta es la aspiración predominante en los verdaderos artistas de nuestro tiempo.

Que son muy pocos, á pesar de la mareante muchedumbre de los que escriben. El ansia desatentada de nombradía es una pasión que enturbia y envenena las fuentes diáfanas del exquisito amor del arte. El placer de muchos de los escritores contemporáneos está en el publicar, en la momentánea exhibición de un nombre; no en el deleite sin igual del engendrar, de ver crecer en salud y en hermosura los etéreos hijos de la mente, de producir la objetivación del pensamiento en el virgineo cuerpo de la imagen.

La obra de aliento rara vez se emprende. Se ha sustituido la elaboración, la filtración lenta por la improvisación. De allí la inconsistencia de tantas obras de que se habla con elogio. El desconocimiento de las bellas obras maestras de las viejas épocas extravía á las admiraciones extravagantes, temblorosas de incertidumbre, sin otra orientación que la sensibilidad nativa. Pensar detenidamente, rehacer muchas veces un proyecto, es algo absurdo, si con menos esfuerzo se alcanza igual número de alabanzas, en el mismo tono y con semejantes esperanzas de retribución. Cae en el alma el timbre vibrante de la palabra sincera como un dardo vengativo, ó bien, como la mordedura de la serpiente de la envidia.

Las obras de arte literario se salvarán del general naufragio por los hechizos imperecederos del estilo, como ya por el estilo, de alma de fénix, se salvaron las de los antiguos maestros. El deleite más humano, el deleite no participado con los hermanos inferiores en la Naturaleza, es el de pensar con profundidad, intensamente, sobre los pequeños y los grandes problemas del universo. Hay, no obstante, otro deleite superior, el de engendrar los hermosos y transparentes cuerpos en donde el pensamiento ajustará su fuerza, su luz y su vida, como á los diáfanos y cerrados pomos de cristal se ajusta, comprimido, el cuerpo eterizado del perfume, que es un llamamiento de amor expresado sin palabras.

Son eternas las vibraciones de un pensamiento vigoroso y bello y se difunden en esferas siempre más amplias desde el sitio en donde por primera vez nació. Un hermoso y fuerte pensamiento es como un sol ardiendo por debajo del horizonte: aunque muchos ojos no alcancen á verlo, no por eso deja de iluminar los cielos y las cumbres y se siente el distante calor de su presencia invisible. Las obras que son como constelaciones de estos soles, aunque perdidas por espacio de siglos para los hombres, siempre se les llega á encontrar por su sideral calor y por su elisea luz. Tal es el secreto de las grandes obras maestras: poseen para sí la eternidad, entre sus encantos, como una joven dama prende entre sus dientes un rizo de perfume hecho clavel.

Para durar perpetuamente el cardo pone alas en su simiente, así viajará sin término dejando plantas por donde cruce el viento; para que el pensamiento vuele y se perpetúe exige que le broten las alas de la imagen, sin las cuales ni viaja ni fecundiza. Allí está el alma de la Estética literaria que suele llamarse modernista y que es, sin embargo, contemporánea de la imaginación poética, contemporánea de los orígenes de las lenguas.

Esta obra—*La Cópula*—en sus primeras páginas, como por incidencia, compendia una teoría estética que el autor parece aplicar prácticamente en su obra. Digna es de ser conocida.

II

La humanidad, como el hijo pródigo, regresa al hogar que abandonó para hacerse miserable lejos de él, lejos de esta bella Naturaleza, engendradora de todas las hermosuras. Y siempre que se aparta, son los poetas de primer orden, son los artistas quienes arrebatan á los ojos de ella la venda que la separa de la luz. Ese grito de regreso á la Naturaleza, resuena en todas las almas

como si en cada una hubiese un diapasón armónico y después, durante largo tiempo, continúa vibrando. Ésas vueltas periódicas al seno de la Naturaleza coinciden con las épocas de renovación y de impulso de evolución. Y ahora es también el arte quien nos grita la fuga hacia las fuentes de la vida y de la belleza.

En la obra de Rueda más de un pasaje está inspirado por el sentimiento de que sólo en medio de la Naturaleza pueden encontrarse los motivos incomparables del arte, los objetos preciosos que constituyen el material de la ciencia.

«Y al verse Rosalía frente á la Naturaleza y á la vista de tantos mundos presentidos, el de los insectos, el de los árboles, el de las aguas, el de los sonidos, el de las luces á cielo abierto; cuando columbró aquella inmensidad, pensó morir de alegría... Se iba haciendo de un fecundo tesoro de alegrías fuertes, de las que perduran, nutren y ayudan á vivir, de una serie de embriones de pensamientos hondos, sólidos, aprendidos en las invariables lecciones de la Naturaleza».

Todo el capítulo noveno de *La Cópula* está dedicado á mostrar cómo los objetos de la Naturaleza poseen en germen todas las nociones de todas las ciencias. A ratos se diría un parafraseo de los pedagogos de la escuela de Rousseau, un apóstol del regreso á las fuentes de la vida.

La Estética de Rueda se reduce á la imagen. Y yo creo que con razón puede reducirse á ella. Si el estilo debe ser la forma que afecta la vida al encarnarse en la obra literaria, en donde cabría más vida que en el cuerpo amplio y flexible de la imagen? Abrir ante los ojos deslumbrados del lector un viejo parque poblado de solemnes árboles, frescos como jardines y altos como pensamientos por entre los cuales corren y ríen las imágenes cantando las graciosas melodías de los bosques enamorados de las tardes, es una obra de evocación fantástica, cuyos encantos nadie puede mirar indiferente.

En este sentido Rueda merece la consideración que le tributan los jóvenes escritores de lengua

Castellana. Tiene un intenso amor á la imagen:

«La piedra de toque suprema para saberse si un temperamento humano es artista hasta la medula del espíritu en punto á literatura, no es penetrarse de la idea, no es ejercitar el raciocinio, no es abarcar la síntesis, no es ver claramente la brújula con que señala el autor: es sencillamente sentir la imagen por ella misma, dejarse alumbrar interiormente por su luz como por un relámpago que hace oscilar de goce todos los matices del alma, bien como hace oscilar el sol toda la gama de una perla. Así era Rosalía: nadie la enseñó á sentir la imagen en la poesía, por que eso no se puede enseñar, como no puede enseñarse por profesor ninguno el sentimiento de color en la pintura ni el sentimiento del ritmo en la estrofa. «Y más adelante: «Rumiaba (Rosalía) sus largas lectanías de ensueños, sin dar consistencia plástica á nada, sin dejar como colecciones de insectos fijos con alfileres, sus imágenes clavadas por los alfileres de oro del estilo».

No poco placer experimentarí­a pudiendo arrojar á los ojos del lector, muy cortesmente, un gran puñado de imágenes entresacadas de este idilio de amor contemporaneo y eterno, como el amor, que es siempre el mismo; pero eso equivaldría á prolongar demasiado estas páginas. Me contentaré con unas pocas.

«Las imágenes de los poetas de su raza (moros) eran tan vivas como si fuesen recortadas de relámpagos y se complacía ella en la soledad en ver rutilar una hipérbole presa á la poesía como tré­mula mariposa atravesada por un alfiler»...

»En Rosalía se abrió ese proceso (la pubertad) un día en que durante el calor de una siesta de ascuas olía fuertemente y con los ojos entornados un puñado de rosas».

Hablando de esas canciones ya casi borradas de nuestra memoria, que lentamente surgen de su olvido, dice: «por fin surge entera y brillante la canción, como si del fondo oscuro de nuestro sér se levantara una bandáda de aves de luz». «Llevá­vamos acurrucada una armonía en nuestra alma,

como Rosalía llevaba acurrucado un hombre en su corazón».

Describiendo los trabajos preparatorios en las piedras preciosas dice que Amberes «les quita la ceguera de la mina, les abre los párpados con instrumentos maravillosos, les pule las retinas, se las acicala, se las bruñe y sobre ellas vuelca la concha bautismal de la luz».

»Pero algunos de los poetas que ella leía cincaban sus imágenes, con tanta emoción como si llevaran el espíritu en carne viva; cada adjetivo era el temblor de una llama, cada verbo tenía la fuerza de un rayo, cada hipérbole era un encandilamiento: la imagen quedábase hormigueando para siempre en los ojos interiores como la imagen inalterable del sol».

»En los patios gorgotean las fuentes sus palabras confusas de canción que se hace y se deshace.

»Es un rezar de aguas por todos lados, una murmuración de sonidos, un silabeo de gotas que caen, que lloran, que suspiran, que cantan, que gimen, que ríen, que hablan conversaciones incoherentes y dialogan sobre cosas de óperas, de violines, de bandurrias que desgranán como collares sus carcajadas».

»Por la dilatación de una hilera de ajimeces calados entraba á lo largo del dormitorio riente una sucesión de bandas de sol que se apoyaban en la alegría del pavimento: parecían aquellas bandas solares la profusa trompetería de un órgano de cro, trompetas que se alargaban y venían del mismo Sol, á tocar, á preludiar el himno del amor»...

Y dos ó tres páginas podría extractar de factura semejante, por donde vendríamos á la misma conclusión estética: esta obra vivirá más tiempo que las otras del autor, no por la pagana desnudez de ese idilio oloroso á selvas florecidas en celo, sino por el esplendor radiante de su estilo.

Recomendamos la obra á los jóvenes escritores del país para que en él estudien los principios de una Estética puramente personal. No aconsejamos la imitación, porque entonces las bellezas se ajarían.

Pero hay que llegar á la lectura de esta obra con el pensamiento y el corazón encendidos en una luz de estrella, en esa casta luz de la Venus Urania, de la Venus de los cielos que embellece y santifica las amorosas emociones, los amorosos pensamientos.

Roberto Brenes Mesén

EN ESTUDIO:—*Ojo y Alma*, de Santiago Argüello.
PARA LEER:—*Sangre y Arena*, de Blasco Ibáñez.—*Psicología Social Morbosa*, de P. Rossi.—*Vortice de Amor*, de F. Sassone.

✓ **Apropósito de la responsabilidad penal**

No es la justicia científica la que está en bancarrota, sino la justicia mística.

Nuestro sistema penal descansa en la conciencia del *yo* autónomo, dotado de *libre arbitrio*. Esta creencia está en contradicción con todos los descubrimientos de la ciencia contemporánea. El *yo* no existe, existen más bien colonias de *neuronas concientes*, (1) que pueden subdividirse y dar lugar, como pasa en los histéricos, á varias personalidades distintas.

No hay tal *libre arbitrio*; nuestros actos resultan de la transformación, en nuestro organismo, de los movimientos del mundo externo, y este organismo nosotros no lo hemos creado sino que es obra de la herencia y del ambiente.

Cómo, pues, los médicos instruídos é inteligentes pueden hablar más de *responsabilidad*?

Cada delito es un acto enfermizo y el médico-legal colocado delante de un delincuente sólo debe indicar el diagnóstico, el pronóstico y la cura.

De qué anormalidad ó de qué enfermedad men-

(1) Los neuronas constituyen la unidad nerviosa independiente.

tal proviene el delito cometido? Esta enfermedad es ó no curable? Es de temerse ó no una recaída? En cuál casa de salud debe ser encerrado y curado el delincuente: asilo de locos ó asilo de degenerados peligrosos?

La *pena* es solo una concesión mística.

Cómo es posible que la sociedad—que tolera el nacimiento de los delincuentes tolerando la venta del alcohol y otras malas costumbres que infringen los cánones de la higiene social—se arrogue más el derecho de castigar á sus víctimas? No debiera suceder más bien lo contrario, que los delincuentes castigaran á la sociedad que les permitió nacer?

La sociedad no tiene más que un derecho: impedir en absoluto que los criminales hagan daño á los otros ó á sí mismos, esforzarse por curarlos y por impedir el nacimiento del delincuente y el contagio del delito. (1)

Dr. Binet-Sanglé (*)

(De *L'Université Populaire*, 19 de abril de 1908).

Contra una gran pretensión

He aquí mi respuesta á la gran pretensión de los que tienen al cristianismo como el gran civilizador. Los mejoramientos no se han debido á la enseñanza cristiana sino á las actividades sociales relativamente no agresivas, que no han estado en conflicto con esa misma enseñanza.

Otras causas ajenas á tal enseñanza han determinado el carácter agresivo ó no de tales actividades: la historia entera de Europa, hasta este momento, cuando millares de soldados se asesinan

(1) Más ó menos como hace ya con los locos, lazarinos, tuberculosos, p. ej.

(*) Docto profesor de psicología en la *Escuela de Psicología* de París.

mutuamente, lo está probando. Pero el hecho de más significación es que en tiempo de asesinatos colectivos perpetuos, de triunfos no moderados de la fuerza, no hay dulzura para tratar á los vencidos, á los esclavos y á medida que la fuerza y la violencia juegan un papel menor, en un caso, son menos activas en el otro.

Herbert Spencer

La guerra

Si te hallas dos perros que ladran, que muerden y se desgarran dirás: «He aquí un par de animales imbéciles» y con unos bastonazos los separas...

Y si los perros y gatos te dijeran que se batían por la gloria, no te reirías cordialmente de la estupidez de estas pobres bestias?

Sin embargo, la sola diferencia que hay entre esas bestias y tú es que las primeras solo se valen de los dientes y las uñas, mientras que tú tienes instrumentos que te sirven para producir en los demás heridas por donde la sangre puede correr hasta la última gota.

La Bruyère

Confianza en la propia razón

Nadie puede ser gran pensador más que observando como el primero de sus deberes, el de seguir siempre á su inteligencia, llévele donde quiera. Más gana la sociedad con los errores de un hombre que con estudio y preparación piensa por su cuenta, que con las opiniones discretas de los que las profesan solamente por no tomarse la molestia de discurrir.

John Stuart Mill

Ciencia viva y Sabiduría muerta

En todas las clases del pueblo se encuentran hombres que sin haber recibido instrucción, poseen una positiva superioridad intelectual. Esto procede de que la inteligencia natural puede suplir á casi todos los grados de instrucción, en tanto que no hay cultura que pueda reemplazar á la inteligencia natural. El hombre ignorante, pero dotado de una inteligencia sana y práctica, puede prescindir de los conocimientos del estudio. Un solo caso sacado de su propia experiencia le enseña más que lo que enseñan á otro mil casos aprendidos en los libros, pero que no ha *vivido*; porque el saber de este iletrado, por mínimo que sea, se funda sobre una intuición justa y es ciencia *viva*, mientras que el estenso bagaje teórico del erudito no es más que un saber *muerto*.

Arturo Schopenhauer

Reflexiones

Los viejos se apegan demasiado á sus ideas. Por eso los naturales de las islas Fidji matan á sus padres cuando son ancianos. Así facilitan la evolución, mientras que nosotros la retardamos fundando Academias.

—La intolerancia pertenece á todos los tiempos. No hay religión que no haya tenido sus fanáticos. Todos nos sentimos inclinados á la adoración. Todo nos parece excelente en lo que amamos y nos causa pena que se nos muestre los defectos de nuestros ídolos. Los hombres se niegan á poner un poco de crítica en las fuentes de sus creencias y en los orígenes de su fe. Verdad es que si se meditase mucho en los principios, jamás se creería en nada.

Anatolio France

¿Qué debemos saber? (Cartas á un obrero) de Alberto Masferrer, San Salvador, 1908.)—Leímos ya, con la simpatía que nos inspira su autor, este folleto. En el cual Masferrer vulgariza con sinceridad, valor, y sencillez las ideas libertarias entre las clases trabajadoras. Las cartas que se refieren al aire, al pan y al suelo las reproduciremos más tarde.

Hacia la regeneración definitiva, de Juan Enrique Lagarrigue, Santiago de Chile. Año 54 de la Era Normal, 1908.—Es un folleto de cartas sobre diversos temas de importancia.

Boletín de la Escuela Moderna, año I, núm. 1 (segunda época) Barcelona, 1908.—Vuelve á publicarse esta revista pedagógica, bien conocida de todos aquellos que siguen con interés el movimiento de las ideas en España. Sus propósitos y material son los mismos que ya señalamos en el número anterior al dar cuenta de *L'Ecole Renovee*, de Bruselles. Este *Boletín* será la edición española de *L'Ecole*. Recomendamos su adquisición á los maestros que deseen conocer orientaciones nuevas en el terreno educativo. La suscripción anual no pasa de \$ 2.50 y puede tomarse en la Sociedad Librera de Font y C^a ó en casa de Iglesias Hnos.

L'Ecole Renovee, año I, núm. 2, Bruselles. Viene con artículos sobre educación de Eslander, Laisant, Robin, Nieuwenhuis y Heaford. Lo leeremos con gusto enseguida.

L'Universita Popolare, año VIII, núms. 8, 9 y 10. Los leeremos. Trae artículos de Grave, Gorki, Whitman, Bacci, Molinari y otros profesores italianos.

Nosotros, año II, tomo II, núm. 9, Buenos Aires, 1908.—Muy interesante viene este nuevo canje que recibimos. Es una revista mensual de Literatura, Historia, Arte y Filosofía y cuenta con un lujoso cuerpo de redacción para las

diversas secciones en que se divide: Opiniones, Crónica extranjera, Letras, Educación, Bellas Artes, Música, etc., etc. El número que nos ocupa tiene buenas cosas, como el estudio de Bunge sobre el novelista español Antonio de Hoyos, el canto *El Regreso*, de Mario Bravo (señalado para reproducirlo más tarde en ARIEL), *La Dama Inefable*, poesía de Arturo Pinto Escalante.

Trofeos, 30 de abril de 1908, Bogotá.—Trae un estudio sobre el escritor uruguayo José Enrique Rodó, de Antonio Gómez Restrepo y dos buenas traducciones del italiano: una de D'Annunzio) *Pamphila*, trad. de Guillermo Valencia, y otra de Josué Carducci (*Oda á las Fuentes del Clitumno*).

Nuova Rassegna, de Florencia, núm. 4, año VI.

Freedon, números correspondientes á abril y mayo de 1908.

Virya, núm. 3, año I.—Trae un bello artículo, entre otros: *Desde el hemisferio nocturno de la naturaleza*, de Edgar L. Laskin.

Andrés Carnegie, publicación del Liceo de Heredia, 1908.

El Foro, tomo IV, núm. 1.

Boletín de Enseñanza, tomo 1, núm. 9.

La Tipografía, año I, núm. 2.

Páginas Ilustradas, núms. 198 á 201.

Documentos para la historia de Costa Rica. (*Registro de los linderos y mojones que determinan los cuarteles y barrios del departamento de San José*). Pertenece á la importante serie de memorias que desde hace un tiempo viene publicando en esta ciudad don Faustino Víquez.

El Nacionalista y *El Demócrata*, diarios salvadoreños.